

Núm. 43.

Semanario del Nuevo Reyno de Granada.

Santafé 23 de Octubre de 1808.

Continuacion del Discurso.

Entre tanto el Papa, á quien como cabeza visible del Christianismo estan sujetas por lo espiritual todas las potestades incorporadas en el gremio de la Iglesia, como Obispo de Roma tiene una autoridad limitada à su propia Diòcesi, como Patriarca extiende su jurisdiccion á todo el occidente, y como Metropolitano exerce sus derechos en el territorio de la Metròpoli Romana. Esta se dividió de la de Milan por los mismos términos que separaban el Vicariato Urbano del Vicariato de Italia, ámbos subordinados antiguamente á la autoridad del Prefecto-Pretorio de Roma: observacion conforme à la verdad de la historia, y que nos afirma en nuestro propósito, ya se circunscriban en un sentido los limites de la Diòcesi Romana á la estrechez á que quiso reducirlos el Anónimo de Francfort, ya se hayan de dilatar baxo de otro respecto hasta donde los amplia el Señor Benedicto XIV.

Bien pudièramos, sin andar fuera de nuestro asunto, promover aqui la célebre cuestión de los eruditos antiquarios sobre las distancias á que se extendian las diversas jurisdicciones y oficios del Prefecto de la Ciudad, del Prefecto-Pretorio y de sus dos Vicarios para establecer la analogia entre el territorio que ellos domina-

ban, y el que pertenece à la moderna Roma, segun los diversos conceptos de silla episcopal y metropolitana. No sería inoportuno adquirir conocimiento de los pueblos suburbanos y suburvicarios, igualmente que de la extension de los unos à quarenta y de los otros à cien millas que designadas en el suelo de las vias publicas, lo eran al mismo tiempo en las frases comunes (*usque ad quadragesimum, usque ad centesimum lapidem*). El exâmen de estas preciosas noticias por medio de los monumentos mas seguros, que en esta parte de la antigüedad son à caso las leyes Romanas⁽²⁾, pudieran conducirnos à la verdadera inteligencia del cánón 6. del Concilio Niceno. Pero lo que mas importa saber, es que no ha permanecido la antigua division de las dos únicas Metrópolis, sinò que à medida del engrandecimiento de otros pueblos, del aumento de las rentas eclesiásticas, y de la necesidad y utilidad de los fieles, se creáron otras, y otras Metrópolitanas, cuyos territorios se desmembraban, no solamente de la de Milan, sino de la misma Roma. Despues de las erecciones de Aquileya en el siglo 4 y de Ravena en el 5, la Santidad de Urbano II. hizo la de Pisa en el siglo 11, à que se siguieron la de Florencia por Martino V, la de Sena por Pio II, la de Urvino por Pio IV, la de Bolognia por Gregorio XIII, y la de Fermo por Sixto V. La enumeracion de los obispados sufraganeos de estas Metrópolis, y de los exéntos, no dexaria de causar asom-

(2) Vease entre otras la L. 1. ff. de Ofic. Prefec, Urb.

bro sino estuviéramos habituados à ver casi tantas sillas episcopales quantos pueblos en las provincias de Roma y de Italia.

En Alemania el caracter de sus moradores tan firmes y aguerridos para hacer resistencia á las armas de los Romanos; como inconstantes para conservar la religion que abrazaban, no habia permitido en mucho tiempo establecer sólidamente Catedras episcopales. San Ruperto Obispo de VVormes fuè quien introduxo la primera vez el evangelio en Baviera, y el fundador de la Metropolitana de Saltsbourg en el siglo 6. A principios del 8. tuvieron que restablecerla los Legados de Gregorio II., que igualmente proveyeron de Obispos à las Ciudades de Frisinga, Ratisbona, y Passau en calidad de sufragáneos de aquella Metropoli, conocida entonces con el nombre de Juvavia. Ella tuvo después nueve sufragáneos, y de allí se desmembrò Viena con los suyos à consequencia de su exáltacion política debida al magestuoso esplendor de la Casa de Asturia. Las instancias de Oton III. habian dado á Praga en el siglo 10. la silla episcopal, que se elevò à la dignidad de Arzobispado en el siglo 14. Carlo Magno triunfante en Saxonia abrió la entrada á los varones apostólicos que restablecieron muchas de sus Iglesias; pero las paces de VVesfalia, y las de Munster arruinaron una gran parte de la obra, y los Holandeses no han dexado subsistir otras Catedras que las seis de la Flándes católica. Las varias sillas principales y subalternas que hu-

bo en el país de los Bretones quedaron ultimamente reducidas à veinte y ocho, cuyas Metrópolis son York, y Cantuaria ò Cantorbery. La Caledonia ò Escocia no tuvo sillas fixas hasta que empezó la Ciudad de San Andres en el siglo 9 à ser Metropolitana. Glascon fué restablecida en el siglo 11, y ambas recibieron toda la formalidad de Metrópolis de las manos de Sixto IV, la una con nueve, la otra con tres sufragáneos. El Apostol de la Hibernia ó Irlanda puso la Silla en Armagh, que hecha Metrópoli en el siglo 12., vió elevadas consigo, sin ser tan antiguas como ella, las de Dublin, Toam, y Cashel á igual grado de representacion, proporcionada á la que tenían en la línea de lo civil.

Con poca, ò por mejor decir, ninguna diferencia se hicieron en las Galias las fundaciones de Obis-pados y Arzobispados. A los principios eran quatro, segun la division de Augusto, las provincias civiles, y no inferior el numero de las provincias eclesiasticas. En el siglo 4 habia siete del primer genero, y otras tantas del segundo. En los tiempos de Arcadio y Honorio la division por el gobierno temporal se extendia á diez y siete provincias: ellas por lo eclesiastico llegaron á ser veinte y una, y las Catedrales sufragáneas pasan de ciento. Un solo golpe de la mano del Papa Juan XXII. separò la Diocesis de Tolosa de la de Narbona, y erigiendola en Metrópoli, sacó de las entrañas de su propio territorio el de quatro Iglesias sufragáneas: proyecto ya ántes meditado, y cuya principal

razon no fué otra que el aumento de las rentas eclesias-
ticas. Mil libras tornesas se asignaron de dotacion à
cada sufragáneo y diez mil al Metropolitano, por don-
de es facil el cálculo de los productos de la antigua
Diócesi, y la proporcion de las rentas de una Metrò-
poli con las de las Iglesias subordinadas (3). Es preciso
tener delante de los ojos este monumento de los siglos
posteriores, por que la antigüedad christiana no nos
subministra ninguno tan claro, ni se hallará tal vez de
la misma especie. Contentos por entonces los Obispos
con las oblaçiones voluntarias de los fieles, y los fieles
llenos de piedad y devocion hácia el Santuario y
sus Ministros, no tenian los unos que pensar en su sub-
sistencia, ni los otros aguardaban à que se les intima-
se una ley para cuidar del sustento de los Sacerdotes,
y de la decencia y magestad del culto divino. Testi-
gos de esta verdad las riveras del Araxes en Egipto
donde todavia se hallan no pocos vestigios de los veinte
mil templos que hubo edificados en el corto espacio
de catorce leguas y la parte de Africa en las costas del Me-
diterráneo, donde la Iglesia atenta à las circunstancias del
territorio, y sus Pastores muy ajenos de ir en pos de las
riquezas mundanas, hicieron abundar las Cátedras epis-
copales hasta el numero de setecientas.

Ellas guardaron mucha correspondencia con las
Iglesias de Francia y España, tanto que por lo general,
parece haber sido una misma su disciplina. Los Africa-
nos no reconocian otro Metropolitano que al Obispo

(3) Extrav. Salvator, noster de præb. et dignitat. int. com.

mas antiguo, à quien daban comunmente los títulos de primero entre los Obispos, Obispo de la Metrópoli, Obispo de la primera silla(4). Los Franceses fueron tan observantes de esta practica que San Gregorio se vió en la necesidad de hacer ciertas prevenciones al Obispo de Autun quanto al lugar que le correspondia respecto de los demas Obispos despues del Lugdunense. Los Españoles adheridos al Cánón 4 del Concilio Milevitano, con la constancia que siempre ha sido propia de su caracter, sostuvieron largo tiempo los planes de su antigüedad eclesiastica, gobernándose para las precedencias mas bien por las ordenaciones que por la dignidad de cada Prelado. El Concilio Niceno habia distinguido á los Obispos de las Capitales de provincia con el título de Metropolitános. El Antioqueno habia decretado que el Obispo de la Metrópoli civil precediese en honor y dignidad á los otros de la provincia(5). El Papa San Siricio habia dado esta condecoracion al Arzobispo de Tarragona. En los Concilios 2. y 3. de Toledo se habia usado de igual locucion, y no era diverso el estilo de los de Tarragona, Barcelona, y Geróna. Montano habia hablado á los

(4) Can. 33. Appost. Can. 9. Concil. Antioq., Can. 26, Conc. Carthag. 3, can. 58. Conc. Eliberit.

(5) Episcopus qui sunt in unaquaque provincia scire oportet, Episcopum qui preest Metrópoli etiam curam suscipere totius provincie, eo quod in Metrópolim concurrunt omnes undequaque qui habent negotia. Conc. Antioq. an. 341 can. 2.

de Palencia en tono de Metrópolita, y habia obtenido la prerogativa de anteponer su firma en un Concilio à la del Prelado de Egara. Los Padres del primer Concilio Bracarense, guardando entre sí la antigüedad de sus ordenaciones, habian cedido el lugar mas eminente á los Prelados de Braga y de Lugo, cuyas subscripciones hallamos superiores á las de los Obispos de sus respectivas provincias en columnas separadas. En el 4 Concilio de Toledo, y por el decreto del Rey Gundemaro habia sido condenada la opinion de los que limitando los derechos de aquella Metrópoli á la Carpetania, pretendieron eximir de su jurisdiccion la provincia Cartaginense. Por último el Papa S. Leon IX habia repetido la declaracion del Concilio antioqueno (6). Esto no obstante se multiplicaban los esfuerzos para renovar y sostener la antigua practica, segun las pruebas que nos subministra el Concilio 16 de Toledo, y fuè notable la variedad que hubo en materia de asientos y subscripciones, hasta que el tiempo y el uso, ó mas bien la prosperidad de un pueblo elevado por los sucesos y leyes imperiales á mayor altura, consolidó la superioridad de las Metrópolis eclesiásticas.

El language de que comunmente usaban los Prela-

(6) Episcoporum ordo unus est, quamvis alij præferantur aliis sive pro eo quod primas civitates, et magis nominatas secundum potentiam aut leges seculi, retinent, sive quod à Sanctis Patribus pro aliqua reverentia sanctitatis, aliquod privilegium dignitatis possident. Ep. 4.

dos de la nacion era el de titularse Obispos de la provincia de España. Asi subscribieron à los Concilios de Arles y de Nicea, y asi eran denominados en las cartas que recibieron de los Pontífices Leon II y Benedicto II. Mas esta constumbre observada tambien por los Prelados galicanos, ni menos su adhesion à la antigüedad de las ordenaciones, persuaden que estuvieran indivisas las diócesis y territorios provinciales, sino que baxo el nombre de provincia entendieron la region donde sus sedes se hallaban establecidas. La primera division civil de nuestra España fué en citerior y ulterior. Augusto dividió la segunda en Bética y Lucitánica, dando à la otra el nombre de Terraconense. Plinio refiere que en estas tres provincias se erigieron catorce conventos juridicos, à donde ocurrían de todas partes en prosecucion de sus demandas, y de cuyos Tribunales recibían las sentencias. Si con vinamos esta noticia con las que tenemos de las fundaciones de los Obispados mas antiguos, el resultado con poca diferencia es que donde quiera que se establecieron Curias para la administracion civil, se juzgaron necesarias las Càtedras episcopales para la administracion eclesiastica (7).

(7) Procuraron sin duda acomodarse al decreto del concilio de Antioquia yà citado. Los conventos juridicos en la Bética eran Cadiz, Cordova, Ecija. y Sevilla. En la Lusitánica, Merida, Beja y Santaren. En la Terraconense: Cartagena, Tarragona, Zaragoza, Clunia, Lugo, Astorga y Braga. En todos estos pueblos, à excepcion de Cadiz, Santaren y Clunia, hubo desde aquel tiempo sillas episcopales.

Con lic. del Sup. Gob.